

BALANCE DEL CONCILIO

por Enrique Miret Magdalena

CUANDO los cardenales reunidos en el Vaticano se decidieron por Angelo Roncalli en 1958, creyeron que era un Papa de compromiso y de simple transición.

Nadie pensaba que este sencillo y grueso campesino, de aspecto bonachón, pudiera suceder a la fuerte personalidad del ascético Pío XII; pero creyeron que esta elección era un necesario compás de espera.

Y durante el primer tiempo de su pontificado muchos pensaron ver confirmado su juicio ante la actuación del nuevo Papa.

Ni siquiera, cuando dos meses y medio después, anunció el Concilio, creía nadie que era algo más que una simple corazonada de un optimista, incapaz de llevar adelante la gran empresa que imponía una Asamblea universal de todos los dirigentes de la Iglesia católica.

Sus más íntimos colaboradores se encargaron de no dar demasiada importancia al asunto, y dilataron lo más que pudieron su celebración.

Pero no contaron con que Juan XXIII fue más astuto e inteligente que ellos. Si no consultó con nadie para decidirse a este ingente cometido, es porque sabía que ninguno de los dirigentes eclesiásticos estaba en medida de comprenderle, y este recelo perduró hasta bien entrada la primera sesión. Incluso alguno, como el cardenal Montini, se permitió al terminarla, una crítica discreta, pero que se hizo pública, de la marcha del Concilio.

El periódico *L'Italia* publica el 2 de diciembre de 1962 una carta del Papa actual al Concilio (entonces sólo arzobispo de Milán y cardenal de la Iglesia), que resume lo que muchos pensaban entonces. Los trabajos realizados son, según el futuro Papa, «un material inmenso, óptimo; pero heterogéneo y desigual, que habría necesitado una reducción y una composición valiente». El mal lo atribuía a la carencia de una autoridad, competente en la materia, que hubiera llevado las riendas de esta ingente labor; e incluso llegó a decir que no se había acertado en el Concilio con «el punto clave de su programa».

Lo mismo que había pensado el mejor teólogo actual del catolicismo, el austriaco Karl Rahner S. J., quien dudaba de la idea, según él un poco alegre, que había tenido Roncalli.

Pero lo cierto es que hoy se acordará muchas veces Rahner de su falta de intuición; y el Papa actual —con esa profunda sensibilidad con que vive los acontecimientos del Concilio— de lo difícil que resulta llevar la pesada y delicada marcha de un Concilio universal, sobre todo si se quiere ser fiel a la genial idea del Pontífice Juan XXIII: la libertad de palabra en la opinión pública católica, y la libertad de expresión de los obispos en el Concilio.

Y esa misma actitud de Montini, justificando su crítica conciliar, la que le ha proporcionado muchos sinsabores hoy, porque todos hemos aprendido —oportuna e importunamente— a adoptar su misma postura «haciendo siempre honor al criterio de libertad y espontaneidad del que ha nacido este Concilio», según sus propias palabras.

Si de algún éxito decisivo puede hablarse, en este Concilio Vaticano II, es precisamente el de esa libertad que ha sabido promover en la Iglesia, cuando los seglares —como confesó

noblemente Pablo VI— éramos sólo «unos buenos oyentes», porque nuestro papel activo era en gran parte inexistente, a pesar de los esfuerzos del Papa Pío XII.

JUAN XXIII hace un llamamiento a ortodoxos y protestantes para que asistan como observadores a esta gran concentración de Pastores de la Iglesia católica.

Incluso nombra a un seglar católico, sospecho por sus ideas teológicas para quienes se irrogan prácticamente el privilegio de la infalibilidad (aunque todavía no sean el Papa), eligiéndolo como único representante del laicado católico. Es Jean Guittou, un seglar tímido de carácter, y arriesgado de pensamiento, el que es invitado por el Pontífice a participar en esta Asamblea ecuménica de la Iglesia.

A pesar de las críticas que se hacen contra el Papa, por su pretendida falta de gobierno de esta difícil reunión de todos los obispos del mundo, con sus temperamentos, idiosincrasias, costumbres, cultura y reacciones emotivas tan variados, el «simple» Roncalli tiene un rasgo inaudito: en contra de las dudosas pretensiones de la administración burocrática, decide retirar —en medio de la primera sesión— un esquema que todos los «conservadores» quieren defender a capa y espada: el de las fuentes de la Revelación. Porque prefiere el Papa seguir la aplastante mayoría, que es contraria a este demasiado parcial esquema doctrinal, y no hacer caso de quienes se aferran por impedir todo diálogo con nuestros hermanos protestantes, creando inútiles barreras de pensamiento.

PABLO VI no hace sino recoger respetuosamente la herencia excelente, llena de frutos en germen, que plantó Juan XXIII: de eso es consciente en su emocionado discurso de coronación, reconociéndose discípulo humilde del Papa Roncalli. Por eso hasta él no se aprueban los esquemas sobre los modernos medios de comunicación social, liturgia, ecumenismo, iglesias orientales e Iglesia católica. Pero el mérito está sin duda en el Papa que tuvo las dos grandes ideas: la de la unidad y la de la libertad.

Porque contra los que intentaron desviar su idea primitiva, el Papa Juan XXIII nunca pensó en una férrea unidad, como camisa de fuerza que impidiese todo libre y legítimo movimiento dentro de la Iglesia; sino en subrayar más lo que une a los cristianos —esa es la verdadera unidad—, que lo que desgraciadamente nos separa. La unidad en el amor mutuo, es la que tiene que llevarnos a una unidad en la verdad; y nunca lo han de ser las ideas raquíticas y humanas de quienes critican todo cambio, y quieren una Iglesia anquilosada en sus estrechas miradas de profetas agoreros de calamidades para los nuevos tiempos (como los llamó Juan XXIII).

El día que se inauguró el Concilio, cuando la imponente figura del cardenal Liénart se levantó para oponerse a la primera intención dominante de los curiales, Juan XXIII debía estar en su habitación riéndose socarronamente, contemplando la escena por su aparato de televisión; y seguramente se

decía a sí mismo: eso es lo que yo quería, promover la conciencia universalista entre los verdaderos dirigentes de la Iglesia, que son los obispos de todo el mundo, ahogados hasta entonces, en gran parte, por el complicado y rutinario mecanismo burocrático de la Curia romana, que el Papa actual ha prometido reformar profundamente.

Los obispos de todo el mundo habían querido marcar así su personalidad, por encima de los organismos vaticanos, al votar con calma y reflexión buena parte de los componentes de las comisiones que iban a dirigir doctrinalmente el Concilio, sin dejarse llevar por decisiones apresuradas y medio preparadas de antemano.

Ese día, y aquel en que los padres conciliares votaron contra el esquema de las misiones, a pesar de haber sido especialmente recomendado por el Papa actual, marcó una nueva época en la evolución de la Iglesia: todos, altos y bajos, empezaban a sentirse nuevamente responsables de la marcha de la nave de Pedro, como lo habían sido en otras lejanas épocas. No había ya un solitario timonel, sino un gobierno común, bajo una presidencia única y decisiva ciertamente, pero nunca tiránica.

A algunos les ha faltado perspectiva, y se han escandalizado demasiado pronto, al comprobar divergentes y marcadas reacciones encontradas, con motivo de los acontecimientos más salientes del Concilio. Sin embargo, es preciso reconocer que «los Padres conciliares están divididos en tendencias... notablemente divergentes», como decía el comedido padre Caprile S. J. en la revista vaticana «La Civiltà Cattolica».

Olvidaban la clave de una visión católica de este tipo de asambleas universales: que son batallas producidas por una fuerte tensión interior, y no solamente espectaculares escaramuzas parciales, como aseguró el arzobispo de Toulouse al terminar la 3.ª sesión, en enero de este año. «Esta batalla es llevada a cabo por los hombres; pero les sobrepasa». ¿Por qué?; porque «un obispo escucha al Espíritu Santo y, por eso, debe buscar qué es lo que cree la Iglesia». No es una persona que intenta imponer sus propias ideas, como haría un teólogo; ni un informador de acontecimientos, como haría un periodista; es el que se siente detector de la fe de toda la Iglesia, y que la dirige sirviéndola, y no avasallándola.

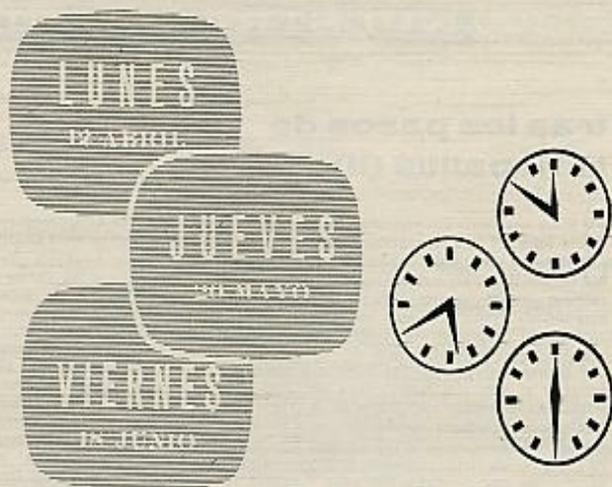
Cuando fracasó, durante esta tercera sesión, la posibilidad de votación del esquema sobre libertad religiosa, contra la voluntad mayoritaria del Concilio, muchos lo sentimos hondamente, y tuvimos la sinceridad de confesarlo públicamente. Pero quienes se rasgaron las vestiduras ante nuestra actitud, hicieron caso omiso de esta ley, que es la «lucha por la vida», y que se produce en todo organismo vivo; y por eso quisieron imponernos su estrecha visión, como si todo obedeciera a una lógica autoritaria, y evidente por sólo proceder de arriba, cuando todos debemos colaborar en esta marcha adelante de la Iglesia.

Nosotros sentimos entonces en lo vivo —durante esa «semana negra» según frase de un obispo— el testimonio negativo que dio la Iglesia. Pero nunca dejamos de creer que era expresión de una batalla positiva, de la misma que hablaba monseñor Garrons, y que tenía que producirse necesariamente en una comunidad de creyentes, si era verdaderamente viva. Batalla que al final sin duda ha de ser ganada por la libertad, que sabrá sacar ventajas de esta obligada espera, como el mismo Papa ha dicho en una de sus audiencias de este año.

LAS críticas dramáticas que se hicieron contra el Santo Oficio (en el duelo cuerpo a cuerpo Frings-Ottaviani), por sus procedimientos poco respetuosos de la dignidad y libertad personal dentro de la Iglesia, marcaron otro hito en el camino hacia el éxito reformador del Concilio, que es su principal misión. Porque antes de querer reformar a los demás, a los que están fuera, tenemos los católicos que reformarnos a nosotros mismos, y a nuestras estructuras humanas de origen constantiniano o medieval, llegando a la sencillez de Cristo.

Es preciso —como decía el padre Arrupe, general recién nombrado de los jesuitas— adelantarnos a los tiempos. Si algunos se escandalizaron —y se escandalizan— de la «puesta al día» intentada por Juan XXIII, sepan que hoy tenemos que ir todavía más allá, y adelantarnos a nuestra época. Sin ello, teniendo en cuenta la vertiginosidad en la marcha del mundo, estamos llamados a quedarnos definitivamente arrumbados.

E. M. M.



DEJESE GUIAR POR TELE GUIA

SI PIENSA
EN **TV**

LOS
PROGRAMAS
DE LA
SEMANA
EN LA
REVISTA
DE
TELEVISION

